

MEJICO PACIFICADO

CAPITULO II.

Esperanzas Fallidas. — El Lic. Benítez Leal en el Gobierno. — Lo que Pudo Verse. — Los Tutores del Gobernador. — Un Hombre Funesto. — Los Clubs "Arriaguistas." — Sucesos de Lampazos. — D. Francisco Naranjo, Hijo. — Un Proceso Ridículo. — El Club Liberal de Villaldama. — Crueldades y Martirios. — Reino de Terror. — "La Democracia Latina." — Separación de Benítez Leal. — Gobierno de D. Manuel Rivero. — La "Ley Fuga" en Villa de Santiago. — Lujo de Ferocidad.

Creíase que en esta ocasión la separación del General Reyes del Gobierno del Estado sería definitiva, y que auras propicias le soplarían en la Capital de la República elevándole á cumbres más excelsas. Como en otro lugar indicamos, este bien con toda sinceridad deseábanse los fronterizos, pues su anhelo único era verle alejado de la región en que gobernado había despóticamente, aunque alejamiento tal sólo sirviese para conducirlo á las puertas del Olimpo. Se sabía, ó se presuponía al menos, que bajo la vigilancia inmediata del Jefe Supremo de la Nación y observado de cerca por otros altos funcionarios, no le sería dable desplegar, con perjuicio de la patria, aquellas "singulares aptitudes de destrucción humana" de que tan relevantes muestrás y ejemplos dejaba tras sí en la Frontera del Norte.

Y una vez acogidos á la nubecilla multicolor de la esperanza, juzgaron los fronterizos, que tan luego como se terminase el interinato del Lic. Benítez Leal, esto es, á los seis meses de

separado el propietario, una elección popular señalaría al sustituto, y se contaba de antemano con que éste sería un hijo de Nuevo León, amante de la tierra fronteriza, hecho con los sentimientos y tendencias de sus conciudadanos, y con firmeza se creía, por lo tanto, que el reinado del terror, el imperio del sable, de la justicia voluntariosa, habían quedado atrás, como aquellos espectros que aterrorizaban al nauta, en tiempos remotos, en las costas malditas, cuando Eolo hinchaba la tendida lona, y hacía deslizarse la ligera nave por la superficie líquida, con la rapidez y galanura de las aves marinas.

También se creyó posible que el Sr. Benítez Leal gobernara con relativa independencia, sin inspiración directa del Gobernador efectivo ó de alguno de sus agentes militares, tanto más cuanto que en el vínculo traía el Sr. Benítez el ser honrado, nuevoleonés era, por razón de nacimiento, y entre sus compatriotas había pasado la mayor parte de su vida. No era, pues, de creerse, que con semejantes antecedentes el Gobernador interino se pusiera á discreción de un hombre, cuya oración matinal se condensa y concentra en esta sola palabra de aterradora concisión: *mata*. Benítez podría no resultar, á la postre, un hábil gobernante, se daba por cosa probada que carecía de la experiencia gradual que prepara al político para ascender con paso firme las últimas gradas de la gubernatura, donde, á medida que avanza, más y más va convirtiéndose en la representación concreta de la masa popular, y en la expresión genuina de sus ideas, de sus ambiciones, de sus energías; indudablemente, carecía el nuevo gobernante de esa instrucción preparatoria, que por cierto no se adquiere en las lides del Foro ni con el ejercicio más ó menos hábil de la ciencia periódica; pero á la vez se daba por supuesto, que, partidario de Reyes y todo, jamás dejaría que su dignidad sirviera de alfombra, para que sobre ella se arrastraran los sables de agentes terroristas Ya veremos luégo, hasta que punto iban á verse burladas las esperanzas de los que, con escaso conocimiento del corazón humano, perdieron de vista que "la cabeza doblega al corazón, y que las fórmulas doblegan los sentimientos." El

que sabe inclinarse, aprende bien pronto á hacer holocausto de sus sentimientos en aras de su conveniencia. Durante el Antiguo Régimen, en Francia, sentimientos, dignidad y aún afectos tan espontáneos é irresistibles como el amor, quedaron petrificados en un ritual de cortesías y exterioridades: fórmulas que servían de resortes á la voluntad esclavizada de los súbditos.

Bien pronto pudo verse, que el Sr. Benítez Leal no era otra cosa más que un insignificante maniquí movido con hilos á larga distancia, es á saber, desde el Ministerio de la Guerra, donde á diario recibía el Gobernador-Ministro una relación sucinta de lo que en Nuevo León pasaba, sin hacer gracia de lo más insignificante, y acerca de todo dictaba el respectivo acuerdo, el cual era enviado, ora directamente al Gobernador interino, ora al Coronel Ignacio J. Mendoza, antiguo Jefe del Estado Mayor, y el cual, debidamente autorizado por Reyes, á un mismo tiempo tutoreaba á Benítez, é imponía su voluntad apoderada al mismo Jefe de la Zona. Este Coronel Mendoza, cómplice de casi todos los actos censurables de las Administraciones de Reyes, gozó de la privanza de éste hasta los últimos momentos de su vida. Cuando, víctima de una enfermedad repulsiva, sucumbió en el Saltillo, dijose de él, que "había descendido al sepulcro . . . en medio del aplauso general." La desaparición de un hombre tan funesto, causó esa satisfacción, cruel si se quiere, pero perfectamente humana, que brota espontánea en el fondo de los corazones, cuando pagan el indeclinable tributo á la naturaleza percedera, aquellos individuos nacidos con el instinto de corromperla ó destruirla. Mendoza,—como Reyes, como muchos otros de los que actualmente figuran entre los cobijados por el ala del tuxtepecanismo,—bien pudieran inscribirse en un DIRECTORIO COMERCIAL, bajo este elocuente profesional distintivo: *fabricantes de cadáveres*.

El Gobierno del Lic. Benítez Leal nada produjo, nada innovó: la pasividad más completa se notaba en todos los actos del Gobernador estafermo, el cual, sumiso y reverente acataba tanto las órdenes del Ministro de la Guerra como del Coronel Mendoza. Y esta complacencia femenil, alela-

da; esta corrompida pasividad ó estancamiento moral, no tardó en conducirlo hasta los peldaños del crimen. . . .

La monotonía de este gobierno vino á interrumpirse con la instalación de los clubs liberales, llamados "arriaguistas," el propósito de los cuales era procurar el restablecimiento de hecho de la Constitución y Leyes de Reforma, que sólo subsistían, y subsisten aún, nominalmente.

Lampazos, residencia de uno de los caudillos fronterizos de más fama, Gral. Francisco Naranjo, fué el primer lugar donde se instaló un centro corresponsal de aquéllos, y quedó formado por liberales entusiastas, tales como los Sres. Ingo. Francisco Naranjo (hijo), Dres. Carlos Garza y Juan C. Fernández, Vidal Garza Pérez, Luis G. Avila y otros que desde luego se dedicaron á la propaganda de tan patrióticas ideas.

Por desgracia, ese movimiento no pudo atemperarse con la llamada "política de conciliación," y aprovechando Reyes el disgusto que tales clubs causaban al Sr. Presidente, resolvió beneficiarse á sí propio (ya que personalmente le eran hostiles), consiguiendo su destrucción y aniquilamiento, por medio de alguna ingeniosa artimaña. Ya hemos dicho que el talento diplomático y habilidad en la intriga del Gral. Reyes, no pueden ponerse en duda; pero ahora hay que añadir, que en la ocasión á que nos contraemos hizo derroche de tan apetecibles cualidades.

Ya cercano el Sábado de Gloria, día en el cual, conforme á añejas costumbres, se sacrifica aún, en efigie, en nuestros pueblos al ángel rebelde, haciéndole pasar por los tormentos del incendio y de la burla de los espectadores, un comerciante de Lampazos hízose construir un "Judas" de la más clásica estirpe, perfectamente repleto de materia combustible y detonante, é hizo que se le colocara en un lugar conspicuo, frente á su casa de comercio, donde, llegada la hora, debería arder hasta convertirse en cenizas, conforme á usanza general y autorizada en tales casos. El lugar del sacrificio se hallaba próximo al cuartel del 12 Regimiento, mandado por el Coronel Ramón Terán.

Hay quien atribuya toda la gloria que resultare del suceso,

al Capitán Aureliano Díaz, Jefe del Destacamento que residía en Lampazos; pero también no falta quien asegure que el Gral. Reyes tuvo oportuna noticia del *diablo* mencionado, y que fué él quien organizó y dirigió el resto de la farsa. La verdad es que el viernes, como á las once de la noche, por la ciudad consternada se propagó la noticia de que el "Judas" estaba ardiendo por cuenta propia, probablemente por combustión espontánea, y en todo caso sin esperar la hora del "*Gloria in excelsis*," en que es de razón y costumbre que el diablo se convierta en pavezas.

Y perturbada con las repetidas detonaciones la quietud habitual de la ciudad fronteriza, los vecinos principiaron por abrir ventanas y puertas, terminando por acudir al lugar del misterioso suceso. Porque, repetimos, no es común que los diablos detonen antes de la hora de reglamento, si manos aviesas no se mezclan con sus explosivos.

Pero antes que los vecinos, ya andaban en acecho por los alrededores, un buen número de patrullas del 12 Regimiento, las cuales aprehendieron sin resistencia, entre otros, á D. Elpidio Canales, Adolfo Rodríguez y Ernesto Bravo, que *por casualidad* resultaron ser los tres miembros del Club Liberal.

Al día siguiente, estos señores fueron conducidos pie á tierra á la Estación del Ferrocarril, custodiados por gendarmes y soldados, y acompañados á distancia por una considerable muchedumbre, entre la que formaban número varias de las principales familias de Lampazos.

Una vez en la Estación, y como el tren se hallase á punto de partir, el joven Ingeniero Francisco Naranjo (h) se acercó á los prisioneros, manifestándoles en cariñosas frases que "una vez en Monterrey no les faltarían elementos de defensa."

En este momento el Jefe de Acordada Pedro Hernández, de trágicos antecedentes, levantó el revólver y disparó dos tiros. . . .

La muchedumbre se dispersó en seguida, atropellándose en gran confusión, pues lo imprevisto del ataque, y la negra

reputación del Jefe mencionado, hacían posibles las presunciones más inmotivadas en apariencia. Los soldados y gendarmes que custodiaban á los presos, como queda dicho, se echaron sobre ellos, y derribándolos por tierra, los mantuvieron sujetos y revolcándose en el polvo, hasta que desapareció el último de los espectadores por las calles adyacentes.

Digimos que todos habían desaparecido; pero no fué así: el Sr. Francisco Naranjo, impasible espectador de los sucesos, había permanecido en pie, desarmado y cruzado de brazos, cerca del lugar donde se mantenía aún á los prisioneros.

El Comandante Correa se le acercó, pistola en mano, procurando quizás intimidarlo, pero sólo logró una fría reprensión por parte del joven Naranjo, quien, sin hacer caso de las bravatas del polizonte se dirigió tranquilamente á su domicilio.

Pero tal acción debería acarrearle desagradables consecuencias.

Al siguiente día tratóse de aprehenderle en su casa habitación, la cual fué sitiada y probablemente hubiera sido asaltada, si ante orden expresa de autoridad competente, el Sr. Naranjo no hubiera decidido entregarse á sus perseguidores.

Y de esta suerte, los liberales del club arriaguista de Lampazos, sintieron de improviso pesar sobre ellos la mano férrea de la tiranía. Excusado es añadir, que una vez principiadas las persecuciones, éstas no cesaron hasta lograrse la desaparición completa de la agrupación mencionada.

Con prioridad á los sucesos referidos, trabajos en el sentido indicado habíanse iniciado en Villaldama, merced á la enérgica propaganda de "El Liberal," periódico escrito con valentía y patriotismo por el joven Antonio I. Villarreal, y al espíritu independiente y progresivo de los Srs. Lecea, (Fernando, Pedro, Pascual y Gregorio), Pascual Ochoa, Miguel Villarreal, Rufino Pelayo, Ezequiel Villarreal Argueta y varios otros ciudadanos prominentes de la villa mencionada, quienes en agrupación compacta emprendieron la propaganda

de los principios netamente liberales. Pero apenas ocurrido lo de Lampazos, el Alcalde Primero, Arnulfo Botello, uno de los hombres más corrompidos de los incondicionalmente adictos al General Reyes, principió á perseguirles con tenacidad, advirtiéndoles de que si continuaban la propaganda liberal, á su perjuicio se repetirían las escenas de Lampazos, con *ligeras variantes*. . . . Ante esta amenaza mal disimulada, los liberales de Villaldama dieron fin á sus loables tareas, pues que en presencia de la arbitrariedad y el poder desenmascarados, toda resistencia hubiera sido temeraria.

Los liberales Lampacenses, tras de haber sido juzgados por los supuestos delitos de sedición, tumulto, ultrajes á una guardia y otros *seis mas* capítulos de acusación, fueron condenados por un jurado militar en Monterrey—merced á las inspiraciones del Gral. Reyes—á sufrir una prisión de 9 meses y 9 días. Esta sentencia grotesca fué reformada en la Suprema Corte, dándose á los presos por compurgados con la reclusión de más de 4 meses, que para aquella fecha habían ya sufrido en el Cuartel del 9º Batallón.

El Gobernador Benítez Leal se mostró no sólo indiferente, sino solícito en extremo para allanar el camino á los atentados que contra las garantías constitucionales, los esbirros de Reyes llevaban á cabo diariamente, á fin de lograr la desorganización completa de los clubs liberales, que, como dicho queda, causaban tremendos escozores al General Díaz, por pugnar radicalmente con su política de sujeción y pasividad. No hubo de pasar mucho tiempo sin que se obtuviesen los resultados apetecidos.

Y sucedió en Monterrey, en el Estado todo, un período de increíble marasmo: un terror sordo, inexpresado, avasallaba los ánimos, y nadie osaba producirse con franqueza, ni siquiera sobre los asuntos más triviales. La presencia en Monterrey de Mendoza, el hombre de las confianzas trágicas de Reyes, inspiraba inquietud, y nadie podía verle con indiferencia. Los espíritus débiles, amilanados, se agrupaban en torno suyo, buscando en la proximidad una garantía de su conducta, en tanto que los más levantados, procuraban permanecer fuera del alcance de sus terribles odios.